

# UN GATO BAJO EL ÁRBOL

Clara Maio

Recorrí la casa. Pasear por cada uno de sus rincones me producía un orgullo indescriptible. Estaba vacía. Y la tranquilidad que flotaba en el aire se entremezclaba con un ligero aroma a cerrado que se calaba en mi interior transformándose en la paz que tanto ansiaba.

Aquella casa me había atraído irremediablemente desde que la casualidad hizo que la encontrara. Desde entonces, el deseo de vivir allí se había hecho tan fuerte que llegó a convertirse en una imperiosa necesidad que me despertaba en mitad de la noche con el impulso ciego de correr hacia ella sólo para verla otra vez más. Era como si aquella casa me estuviera llamando. A gritos.

Durante mucho tiempo había permanecido junto a la puerta el cartel de SE VENDE, esperando, como si el destino la empujara en mi dirección y sólo yo la pudiera poseer.

La primera vez que entré en su interior sentí como si hubiera regresado al hogar tras muchos años de ausencia. Había estado a punto de llorar cuando un pensamiento que deseché por absurdo cruzó mi cerebro. Aquella era mi casa y, al fin, estaba de vuelta.

La habían descuidado durante tanto tiempo que empezaba a notarse cierta decadencia en sus muros de piedra y ventanas, pero aún se podía advertir fácilmente el esplendor de épocas pasadas. Casi me había asustado al comprobar que era tal y como me la había imaginado. Cada cosa estaba donde yo la hubiera puesto. La chimenea del salón, la cocina, las escaleras al segundo piso... Y me había gustado. Si la hubiera mandado construir yo misma, no hubiera sido diferente, incluso la casa que había diseñado para mis padres se le semejaba. Pero lo que más me había atraído era el sentimiento de seguridad que me transmitían sus paredes y que me traían a la memoria una época pasada llena de felicidad. Ahora, aquel techo bajo el cual habían vivido varias generaciones era mío. Y me gustaba esa sensación al pensar posesivamente en aquella vieja casona.

Me asomé a la ventana del dormitorio. La luz tenue de la luna iluminaba ligeramente las enredaderas que trepaban a lo largo del muro, sin embargo, desde allí, apenas podía distinguir el inmenso jardín, descuidado pero al que ya le había visto infinitas posibilidades. El aire fresco del anochecer trajo el olor de los rosales que crecían a sus pies bañados por el rocío de la noche. Y recordé algo que creía olvidado.

Por un momento, en la oscuridad del cielo vi otro cielo igual bajo el que se recortaba la cara sonriente de un hombre. Fue un recuerdo fugaz, como el boceto de un dibujo cuyas líneas comenzaban a difuminarse con el paso del tiempo y que, durante unos instantes, me inundó con un sentimiento lleno de dulzura. Luego, el presentimiento de que algo iba mal me produjo una terrible agonía. El, que lo había sido todo para mí, estaba muerto.

Sacudí la cabeza con frenesí para alejar la imagen que me hacía sentir vacía y sola. Estaba convencida de que no había visto a aquel hombre en mi vida, y, sin embargo, la sombra

de una duda revoloteó en mi cerebro, lo que me hizo considerar seriamente la posibilidad de mi locura.

Cerré la ventana y me metí en cama, preocupada por las emociones contradictorias que me producía aquel pequeño recuerdo que no me pertenecía en absoluto. Esa era la primera noche en mi nuevo hogar y, a pesar del cansancio tras un largo día de trabajo, me iba a ser imposible conciliar el sueño. Me concentré en todos los ruidos desconocidos hasta que se hicieron familiares, pero al poco tiempo comencé a moverme inquieta entre las sábanas. La imagen del desconocido me había desvelado, y comencé a pensar que no me iba a ser fácil dormir. Por primera vez en mi vida padecía insomnio. Encendí la luz y abrí el libro que descansaba sobre la mesilla de noche. Traté de leerlo pero las letras empezaron a bailar ante mis ojos, y comencé a dormir.

La chimenea chisporroteaba alegremente meciéndola en un sueño ligero. Las llamas juguetonas apenas iluminaban la alcoba que permanecía en penumbras. De entre las sombras surgió la figura de un hombre vestido de negro que se acercó a la cama con sigilo, sentándose sobre las mantas mientras observaba maravillado a la muchacha que dormía. Se inclinó sobre ella y la besó tras la oreja con suavidad. Despertándola.

Me desperté sobresaltada. Durante un instante me sentí perdida y fuera de lugar hasta que reconocí las paredes de mi hogar. La incertidumbre de aquel primer momento dejó paso a una amarga dulzura que me recorrió el cuerpo. Sabía que algo me había despertado. Y recordé el sueño. Rocé con la mano el lugar en donde él había puesto su beso y busqué entre las sombras para encontrar únicamente una oscura soledad. No traté de buscar una explicación a aquel sueño que semejaba tan peligrosamente real. Me acurruqué entre las sábanas, buscando el calor que mi cuerpo había dejado, y me quedé dormida en un sueño intranquilo.

La mañana me sorprendió con los restos de toda una noche de mal dormir. Me senté frente al espejo del tocador, lanzándome una mirada crítica al tiempo que repasaba mentalmente todo lo que tendría que hacer para tener un aspecto medianamente presentable. Comencé por peinarme, observando como mi reflejo en el espejo trabajaba con el cepillo.

De repente, no era la yo que conocía la que me miraba desde el otro lado. Mi pelo claro y rizado se había convertido en moreno, y mis ojos negros tenían un brillo especial que no lograba definir. Estaba segura de que aquello no podía ser otro sueño pues estaba despierta, y pensé que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada.

- ¡Campesina! -gritó una mujer desde la puerta, y me volví sobresaltada con el grito que había sonado tan real y atronador en mi cerebro. Pero allí no había nadie, y cerré los ojos mientras me tapaba los oídos para no oírla.

- ¡Estoy hablando contigo, campesina! -volvió a chillar Lis con una voz cada vez más enérgica, y la mujer de pelo negro dejó el cepillo sobre la mesa y la miró con una valentía que no sentía en absoluto.

- Esta noche te quiero fuera de mi casa.

- Esta es MI casa -le recordó con voz suave.

- Ya no lo es. Tu marido está muerto, y ahora me pertenece.

- Es mi casa -insistió.

- ¡Fuera! Tienes media hora para irte o te echaré a patadas.

Eli la miró altiva, tratando de contener las lágrimas hasta que Lis salió de la alcoba. Se iría, por su hijo, pero no dejaría que le arrebataran ninguna de las joyas que Jan le había regalado con tanto amor y que eran demasiado valiosas como para que cayeran en sus manos. Tenía la certeza de que no le dejarían nada, sabía que serían muy capaces de revisar su persona antes que permitirle llevar alguna de sus pertenencias. E ideó un plan.

Deseché de la cabeza aquella ridícula escena, y me preparé para salir a trabajar. Tener la mente ocupada fuera de aquella locura me haría bien y me fui rápidamente sin pensar más en ese asunto durante el resto del día.

Por la noche, supuse que salir con mi novio me iba a distraer y hacerme olvidar por un momento aquellas historias que comenzaban a asustarme hasta tal extremo que posponía la hora de volver a casa. Pero Juan estaba más desagradable que de costumbre y yo no estaba dispuesta a aguantarlo más de lo necesario.

Cuando salimos a la calle, el aire del mar golpeó nuestros cuerpos con fresca salitre. Me quedé prendada del paisaje nocturno, observando hipnotizada las luces que se reflejaban en el horizonte del mar.

- ¿Ves aquellas luces? -me dijo Juan rompiendo el silencio que se había hecho entre los dos.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza, sin prestar atención a sus palabras, y su voz se perdió en la distancia de otra dimensión.

- ¿Ves aquello? -volvió a repetir con orgullo mientras enseñaba a la muchacha una verde pradera sobre la que se elevaba un ligero montículo. Ella asintió con una sonrisa-. Allí edificaremos la casa en la que vamos a vivir cuando nos casemos.

- Eres demasiado generoso conmigo, Jan.

- Te mereces todo lo que pueda darte. Eres la mujer que quiero.

Aquella sincera declaración la hizo sentirse radiante, como si de repente se hubiera convertido en la mujer más hermosa, rica y deseada del mundo. Lo tenía a él, y tenía su amor. Eran todas las riquezas que necesitaba.

- ¿No dices nada?

No sabía qué decir, y cuando fue a abrir la boca, él dejó caer sus labios sobre los de ella en un cálido beso que, de pronto, otros labios convirtieron en exigente. Y abrí los ojos para descubrir que aquel rostro no era el de Jan, que no se le parecía en nada, y me aparté de él con demasiada brusquedad.

- ¿Qué te ocurre?

Juan se había sorprendido por mi reacción, pero para cuando había hecho la pregunta, yo ya estaba fuera de su alcance, camino de casa.

La casa me esperaba vacía y en silencio. Cuando apoyé la espalda en la puerta cerrada, una mezcla de alivio se mezcló con la tensión de saber que debería encarar lo desconocido y enfrentarme una vez más a esos recuerdos ajenos. En aquella casa comenzaba a sentirme como un gato bajo un árbol en plena tormenta, que a pesar de conocer el peligro que eso suponía, lo prefería a permanecer bajo la lluvia. Los gatos odiaban la lluvia, y las probabilidades de que un rayo partiera precisamente su árbol deberían de ser muchas, tantas como árboles, por lo que valía la pena arriesgarse, pero la sensación de inseguridad persistía y era la misma que yo experimentaba. Estaba en mi casa, protegida por las paredes que tanto había amado, pero la impresión de que algo no estaba en su lugar me impedía disfrutar de la tranquilidad de mi hogar.

Me metí en cama, haciendo caso omiso del teléfono que no paraba de sonar, y me quedé dormida mientras un viento suave revoloteaba entre los árboles del jardín produciendo una dulce melodía.

La lluvia golpeaba los cristales del ventanal como una siniestra musiquilla. La mujer miraba con insistencia hacia el camino embarrado, esperando que en cualquier momento un jinete hiciese su aparición. Estaba tan asustada por él que no estaría tranquila hasta verlo aparecer y tenerlo a salvo entre sus brazos. No podía olvidar la conversación que había escuchado esa mañana entre su marido y Lis, y a cada minuto que pasaba temía que las palabras de aquella mujer se convirtiesen en realidad.

Había oído los gritos de la discusión que tenía lugar en el despacho de Jan. Su nombre había sido pronunciado varias veces y la curiosidad la había empujado hasta la puerta entreabierta para escuchar parte de la conversación. Podía imaginarse la cara colérica de la mujer, a la que no podía ver desde allí, al decirle a su marido, una vez más, que ella no era lo suficiente importante para ser el ama de aquella casa.

- Tendrás que acostumbrarte a Eli, es mi mujer y éste es lugar.
- Ella no es la mujer que te conviene, ni siquiera tiene nuestra clase social.
- Pero es la mujer que quiero.
- Acabará por marcharse y te dejará solo cuando se apodere de nuestra fortuna...
- No lo hará.

- Pues la echaré yo.
- Tendrás que pasar por encima de mi cadáver.
- Eso también se puede arreglar -esas palabras, pronunciadas con un odio que la había asustado, habían sido olvidadas durante el resto del día. Sin embargo, mientras esperaba ansiosa el regreso de su marido, habían vuelto como un eco repetitivo que le golpeaba la cabeza hasta hacerla llorar de dolor.

Un carromato avanzó por el camino, veloz a pesar del barro que dificultaba su paso, sacándola del ensimismamiento en que se encontraba. No esperaban visitas ese día, por lo que siguió con curiosidad su acercamiento, y cuando vio como dos hombres sacaban un cuerpo inerte, el corazón le dio un vuelco al reconocer los rasgos tan familiares y queridos.

El ama de llaves apareció a su lado, alborotada, antes de que hubiese reaccionado, diciéndole algo que no lograba entender sobre que unos bandidos habían atacado a su querido Jan.

El miedo a que lo hubieran malherido la hizo moverse con presteza y corrió escaleras abajo, en donde lo encontró tendido sobre la mesa en la que lo habían dejado los dos desconocidos. Durante un buen rato no pudo moverse presa del pánico. Temía lo que el futuro le fuese a arrebatar.

- Lo encontramos en el bosque, no pudimos hacer nada por él.

Durante un rato se quedó allí, muy quieta, sin comprender lo que el hombre le había dicho y sin poder apartar la mirada del rostro sin vida. La realidad la venció mientras rogaba para que aquello fuese tan solo una pesadilla de la que iba a despertarse. Lis surgió ante ella con una cínica sonrisa que la aterrorizó. Y despertó.

La tormenta se había vuelto más violenta. El viento se entremezcló con los rayos y truenos, despertándome cuando caían las primeras gotas.

Los recuerdos que se agolpaban en mi mente daban lugar a sentimientos contradictorios. Aquello que me pasaba no era normal, y mi primera sospecha fue que me estaba volviendo loca. Si descartaba esa posibilidad, sólo me quedaba la poco firme explicación de que me había convertido en una médium que veía cosas del pasado de aquella casa; incluso había rechazado la idea de estar recordando una vida anterior.

Temía pedir la ayuda de un profesional que confirmara mis sospechas. Sin embargo, sabía que tenía que hacer algo para acabar con este sufrimiento sin sentido, y di el primer paso. Decidí investigar la historia de mi vieja casona, al menos, ese era el camino más fácil de todos los que podía tomar. Pero no sabía cómo hacerlo, así que pedí ayuda a una amiga historiadora que se entusiasmó con la idea. Al cabo de unas semanas apareció por casa, excitada como una niña pequeña con un juguete nuevo.

- No te vas a creer lo que he descubierto. Fue difícil.

Me divertía su excitación y la invité a sentarse mientras le servía un café.

- ¡Cuenta! -le grité sin poderme contener.

- ¿Sabes cómo se llamaba el hombre que mandó construir esta casa?

- No. Si lo supiera, no habría necesitado tu ayuda.

- Sir Jan, un rico lord inglés que había emigrado desde Escocia con su joven esposa, lady Eli, una muchacha de clase baja. Hay un cuadro de ellos dos en el museo. Tengo una foto. ¿Quieres verla?

Le arrebaté la foto. Eran ellos.

- ¿Por qué vinieron aquí? -logré preguntar- ¿Lo sabes?

- Es una historia muy romántica. El matrimonio no fue aceptado por la familia del lord y huyeron de Escocia, estableciéndose aquí. Una de sus hermanas los siguió para hacerlo cambiar de opinión, sin conseguir nada.

- Pero murieron...

- Sí, sir Jan fue atacado por unos bandidos, y lady Eli se suicidó a los pocos días ahogándose en el mar.

- Eso no es cierto -negué con efusividad-. Estaba embarazada, y quería a ese niño por encima de todo.

- Tranquilízate -el que me pidiera calma hizo que me enfadara todavía más con ella-. No he encontrado ningún dato que confirme que estuviera embarazada. ¿Cómo lo sabes?

- Lo sé.

- Sólo es una bonita historia, pero olvídala, ya pasó.

- Eli no se suicidó. La asesinaron.

- ¿A quién le importa ya?

- A mí.

Me estaba incordiando y me había puesto de mal humor. La eché fuera casi con descortesía. Eli no se había suicidado y no pensaba discutirlo con nadie porque no iban a entenderlo. Ella, Lis, los había matado a los dos, pero era demasiado tarde para vengar sus muertes o hacer justicia.

La casa en la que había vivido maravillosos momentos de amor quedaba atrás. No se volvió para mirarla por última vez porque se prometió que algún día regresaría para que se hiciera justicia por la muerte de su esposo.

El galope de unos caballos llamó su atención y se volvió ligeramente para comprobar como tres jinetes salían en su persecución. Seguramente, Lis no habría encontrado las joyas y el

dinero, y sospecharía que se las había llevado. Sonrió encantada consigo misma, era un justo castigo que nunca pudiera tocar la herencia por la que había asesinado a su propio hermano.

Espoleó el caballo, galopando a lo largo de la costa en un intento desesperado por ganar terreno a los perseguidores, que se acercaban cada vez más. El terreno se hizo más difícil, resultando casi intransitable bajo la poca luz de la noche, y guió su montura a lo largo de la playa, en donde le cortaron el paso. Dos hombres, que reconoció como los desconocidos que habían recogido el cuerpo de su marido, la sacaron de su montura y la tiraron al suelo mientras Lis desmontaba, hecha una furia.

- Quiero lo que me pertenece.

- No te pertenece nada.

- ¿En donde tienes mis joyas y mi dinero?

- Las joyas y el dinero de Jan -la corrigió Eli-. ¡Nunca serán tuyas!

Lis miró al hombre que registraba las mochilas y cuando negó firmemente con la cabeza, se enfureció todavía más y la golpeó a patadas hasta que Eli comenzó a llorar de dolor.

- ¿En donde están?

- Nunca lo sabrás.

- Claro que lo sabré, me lo dirás o te mataré como a Jan.

La agarró por los pelos y la arrastró hacia la orilla del mar mientras luchaba por liberarse. Los dos hombres acudieron en ayuda de Lis y la sujetaron cuando le metió la cabeza en el agua.

- ¿En dónde están? -volvió a preguntar mientras le sacaba la cabeza del agua, dándole un pequeño descanso que aprovechó para respirar.

Eli negó firmemente con la cabeza, y la sumergieron de nuevo hasta que dejó de resistirse.

- ¿En dónde están?

La pregunta resonó una y otra vez en su cerebro, pero fue incapaz de responder. Ningún músculo de su cuerpo respondía a sus órdenes. Las voces sonaron cada vez más lejanas mientras le invadía una calma desconocida que la hacía sentirse fuerte. Se prometió que algún día regresaría para recuperar todo lo que le habían arrebatado tan injustamente. Tuvo ganas de reírse de Lis, pero el resentimiento hacia ella era tan fuerte que sólo pensaba en vengar el mal que había causado y juró no descansar hasta que pagase por sus muertes.

Recorrí las habitaciones una a una hasta que un impulso irresistible me llevó hacia la chimenea de mi dormitorio. Me sentía como una marioneta guiada por unos hilos invisibles e incomprensibles, y, sin ninguna razón lógica presioné una de las piedras que descansaban en su base. Dentro de la chimenea surgió otro hueco y me colé al otro lado. Enfoqué con una linterna



las paredes de aquel cuarto diminuto y oscuro. Allí tan solo había un baúl, y lo abrí, entusiasmada por lo que pudiera encontrar.

Miré cautivada las monedas de oro que había en su interior, sin embargo mi atención se vio atraída por un pequeño cofre en el que encontré las joyas que Jan me había regalado junto con las que habían sido de su familia. Allí estaba toda la fortuna que le había pertenecido y me alegró saber que había estado a salvo de Lis y que no había podido encontrarla. Tenía la extraña certeza de que eso era lo que había provocado la muerte de Eli.

Un anillo que descansaba encima del botín me cautivó, atrayéndome como el canto de una sirena. Cogí la alianza casi con miedo de romperla o de que se desvaneciera en el aire con mi contacto, y la probé. Encajaba a la perfección, parecía como si la hubieran hecho exclusivamente para mí. Me sentía ridícula, y la miré pensativa tal como la primera vez que la había sentido entre mis dedos.

Tras el permiso del cura, Jan puso el anillo en el dedo femenino, mientras la novia lo miraba feliz. El hombre estaba todavía más radiante que ella, y Eli no pudo evitar el compararlo con el día en que lo había conocido.

Ella se había cruzado en su camino, espantando el bonito caballo que montaba, que lo tiró al suelo. Se había levantado hecho una furia, dispuesto a castigarla.

- ¡Maldita mujer! -había exclamado con rencor, mientras se limpiaba la ropa-. ¿No tienes ojos en la cara?

Eli, que todavía no había logrado recuperar el aliento, no había dicho nada todavía, hasta que por primera vez él se fijó en las ropas rotas y los ojos asustados. A Jan le había enfurecido el terror en los ojos de lo que creía una vagabunda y la increpó con rencor.

- ¡No me mires así! Te merecías una reprimenda. ¿A quién se le ocurre echarse bajo los pies de un caballo? ¿Qué pretendías?

Eli abrió la boca para responder, pero un ruido tras su espalda le hizo recordar algo y pretendió seguir su camino, pero Jan la había agarrado por un brazo, reteniéndola a su lado.

- Déjeme, por favor, tengo que esconderme.

La curiosidad había hecho mella en él, pero antes de que pudiera preguntar, un hombre a caballo surgió del bosque por el mismo camino por el que había aparecido ella. Eli se ocultó tras su espalda buscando su protección.

El desconocido se había plantado ante ellos. Sus ojos brillaban con una furia gélida con la que atravesó el rostro asustado de la muchacha, mientras lanzaba blasfemias y trataba de arrastrarla por el brazo, pero Eli se había zafado una y otra vez escudándose tras Jan.

- Apártese -le había ordenado el desconocido, y Jan, que nunca admitía órdenes, se reveló.

- Lárguese de aquí.

- No sin ella.

- No deje que me lleve, me ha atacado -había suplicado con su vocecilla asustada, y Jan salió en su defensa. Fue en ese mismo momento cuando comenzó a sentirse atraída por él, pero nunca creyó que él acabase siendo una parte importante de su vida. A pesar de todos los instantes de amor, sólo comprendió lo mucho que él la amaba el día en que le puso aquel anillo en el dedo oponiéndose a toda su familia y a todas las convenciones sociales. Y por eso lo amó todavía más.

Hubieran sido felices durante muchos años si no hubiera sido porque Lis había hecho hasta lo imposible por separarlos, sin conseguirlo. A pesar de los tristes recuerdos, sonreí. Después de todo, Lis no había ganado.

Recorrí la casa una vez más. Estaba completamente vacía, pero pasear por cada uno de sus rincones me producía un placer indescriptible. Volvía a estar en casa, y había encontrado la tranquilidad que me había sido negada durante tantos años. Al fin, podría dormir en paz. Sólo me faltaba un pequeño detalle, pero, tal vez, algún día, en algún lugar, volvería a encontrar a Jan...